

Pero eso es lo que justamente hoy parece que no se puede. Es posible considerar que el humanismo consista básicamente en una actitud del ser humano a través de la cual volvió su mirada hacia sí mismo (después de haber visto con mucho asombro las cosas del cielo y las de la tierra), concediéndole entonces la mayor importancia a lo relacionado exclusivamente con su propia existencia, enteramente satisfecho de lo maravilloso de sus habilidades y sus prerrogativas. Pero sólo podría afirmarse eso bajo la suposición (que es errónea) de que el humanismo fuera una especie de concentración del hombre en sí mismo (más en el sentido de un extrañamiento pero comúnmente aceptado “sano” egoísmo que de un verdadero recogimiento). ¡Si encuentra tantas cosas en sí mismo! No obstante, paradójicamente cuanto más completos nos sentimos en nuestro propio ser, más experimentamos vivamente la muerte de la soledad⁸. No hay otra posibilidad. El verdadero recogimiento es imposible cuando no hay nada que pueda recogerse después de haberse generado en la relación con el otro y con lo otro. En sentido estricto, puesto que los demás, la divinidad y la naturaleza se relacionan constitutivamente con lo que somos (mejor dicho: no somos nada fuera de esas relaciones⁹), semejante concentración no puede llevarse a cabo sino artificialmente. El hombre es una realidad vinculada. La existencia humana está siempre *vinculada*¹⁰ consigo misma, con Dios (en decidida afirmación o negación), con el prójimo y con lo natural. Por consiguiente, el humanismo como promoción de una vida de excelencia humana, más humanamente vivida (aquí es una idea clave la de que la humanidad aumenta o disminuye: o sea que es susceptible de incremento, y por lo mismo, de mengua), no podría consistir en una concentración (de gran independencia frente a todo y frente a todos), pues sería equivalente a una desvinculación (con la soberbia de la autosuficiencia) de lo humano respecto de sí mismo, su prójimo, lo natural y lo sagrado. La excelencia de lo humano implica, como verdadero humanismo, vida genuina en, por y a través del tejido vital de esas relaciones.

Por otro lado, si el conocimiento de uno mismo es algo que contribuye directamente a la excelencia de lo humano (dando por supuesto socráticamente que hay una conexión entre saber y virtud), el primer humanismo no es el del Renacimiento, sino el que nace precisamente en Grecia, con la filosofía socrático-platónica y que adopta el precepto del templo de Delfos cuyo consejo o mandato se fundaba en la necesidad del autoconocimiento: “¡Conócete a ti mismo!” La autognosis, como programa de vida o vocación humana, es inseparable del concepto mismo de humanidad y humanismo. Ese humanismo originario, representado cabalmente por la filosofía, es el que renace o vuelve a nacer en el Renacimiento, y cuya nueva vida tiene que inspirarse, en ese momento histórico, en los textos latinos que traducen (en la interpretación propia del espíritu romano) las ideas y los ideales fundamentales de la cultura griega. Así queda concentrado en el término *humanitas*, que se refiere a la cualidad de lo verdaderamente humano, todo lo que para los griegos significaba el concepto de *paideia*: conocimiento de uno mismo como un ser cuya naturaleza natural queda transformada, mediante la educación, en una segunda naturaleza, la de carácter ético. Humanismo es autognosis, educación, ética.¹¹

II

¿Y las humanidades? Lo que llamamos vagamente humanidades (queriendo significar con esta palabra algo opuesto a la ciencia, o cuando menos

⁸ V. J. M. Silva Camarena: “Una respuesta a la pregunta: ¿Qué es la postmodernidad?”, en *Revista de filosofía*, Universidad Iberoamericana, núm. 64, enero-abril de 1989.

⁹ Cfr. E. Nicol, *La idea del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

¹⁰ J. M. Silva Camarena, “El hombre: realidad vinculada. Notas en torno a los conceptos de individuo y comunidad”, en la compilación de María Teresa de la Garza: *Filosofía social*, México, Universidad Iberoamericana, 1987.

¹¹ Cfr. Nicol, “Humanismo y ética”, en *Ideas de vario linaje*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

doctrina o un conjunto de ideas,¹⁴ de los clásicos o los sabios de la Antigüedad griega y romana, del pasado reaccionario o el presente revolucionario. Es, más bien, *una forma de ser* (de pararse en el mundo con un respeto absoluto por lo verdaderamente humano). En otras palabras: con el poder de destrucción de lo humano enteramente anulado.

III

Nada más incorrecto, nada más parecido a las confusiones que hacen daño en las zonas de nuestro ser que no están fácilmente al alcance de nuestra vista, que esa idea según la cual el hombre es el árbitro que decide la importancia y el valor de todas y cada una de las cosas de este mundo y de cualquier otro mundo posible. Y nada más arbitrario que el concederle a esa idea la dignidad de las ideas filosóficas. El artículo enciclopédico sobre el humanismo que comentamos incluye la inadmisibles afirmación de que *filosóficamente*, el humanismo hace del hombre la medida de todas las cosas, y no basta para los efectos de una aclaración pertinente el decir sencillamente que en ningún caso la expresión “filosóficamente” puede sustituir correctamente al término “sofísticamente”.

El texto, como lo dijimos, dice que el humanismo “constituye una actitud de la mente que atribuye la mayor importancia al hombre y a los valores humanos, muy a menudo considerados ambos como el tema central de la civilización renacentista. El humanismo renacentista encuentra su origen en el poeta italiano del siglo XIV llamado Petrarca, cuya erudición y entusiasmo por los escritos en latín clásico (“las humanidades”) dieron un gran impulso a un movimiento que con el paso del tiempo se extendió desde Italia a toda Europa occidental. La difusión del humanismo fue posible por el uso del latín a través de toda Europa, y debido a la invención de los tipos móviles. Aunque gradualmente se llegó a identificar al humanismo con el estudio de los clásicos, más bien abarcaba cualquier actitud que exaltaba las relaciones del hombre con Dios, su voluntad libre y su

superioridad sobre la naturaleza”. Y punto y seguido agrega el autor del texto lo que nosotros no podemos admitir: “*Philosophically, humanism made man the measure of all things*”¹⁵.

Filosóficamente, el hombre no puede concebirse a sí mismo como la medida de todas las cosas, porque la filosofía, que es pensamiento auténtico, no puede pensar sofísticamente. Esta mezcla es tan imposible como la del agua y el aceite. Pensar sofísticamente es algo tan imposible como la existencia de un círculo cuadrado o un hierro de madera. El pensar, como verdadero pensar (no como *mera* “razón” que asocia una cosa con otra, como funciona el “sentido común” “del común de los mortales”, ni tampoco un razonamiento inteligente e ingenioso al servicio de una verdad aceptada previamente, o como una sagaz “razón” calculadora). El pensar de veras, que es el de la filosofía y el de la ciencia, concede al ser (a las cosas, a la realidad), para poder dar razón de él, la primera y la última palabra¹⁶. El pensamiento filosófico consiste en pedirle a las cosas mismas, y solo a ellas, que nos digan en que consiste su ser. Por esta razón de peso, el pensamiento está incapacitado para pensar, como el subjetivismo de Protágoras, que el hombre sea la medida de todas las cosas, “de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son”. Este pseudohumanismo sofista no puede admitirse en modo alguno sino como mera cháchara. El sentido ontológico del concepto de medida que aparece en la consigna sofista nos quisiera persuadir de que el ente cuyo ser es el más insuficiente ontológicamente hablando podría ser, por el poder de la palabra, el más poderoso de todos, al poder determinar el fundamento de todo lo que es y de todo lo que no es. El poder de las palabras ciertamente tiene que ver

¹⁴ V. Nicol, “Humanismo y ética”, en *Ideas de vario linaje*, ed. cit.

¹⁵ *Encyclopaedia Britannica*, ed. cit., *idem*.

¹⁶ Cfr. M. Heidegger, *¿Qué es metafísica?*, tr. de Xavier Zubiri, Siglo Veinte.

con el ser de las cosas, y de un modo que por cierto todavía no nos queda enteramente claro, pero la insuficiencia del ser humano puede ser todo menos fundamento ontológico de nada, excepto de la libertad¹⁷. Y paradójicamente es a través de ella, de nuestros afanes y nuestras decisiones (nuestras potencialidades, nuestras habilidades y el azar, que tratamos, muchas veces en vano, de remediar nuestra insuficiencia constitutiva.

El falso humanismo sofista pretendió sustituir la existencia socrática (de hacer que la vida valga la pena ser vivida reflexionando día tras día acerca de los que son las cosas, y sobre todo acerca de lo que somos cada uno de nosotros), mediante una soberbia ontología que no revela otra cosa más que una des-medida ambición (¿la de ser como Dios?), la de un ente que en cualquier caso puede descubrir que no puede ser siquiera la medida de su propio ser. Creyendo siempre que es más de lo que es, ese des-comedido hombre que es el sofista puede menos que los demás ser lo que puede llegar a ser, pues su medida real es la de un ser a medias que no puede reconocer lo necesitado que está siempre del otro y de lo otro.


IV

Curados para siempre debemos estar, pues, de la ambición sofista que, por sólo afanes de poder, quisiera que fuéramos la medida de todas las medidas. De esa ambición mayor (que quiere el mayor de los poderes: el ontológico, el de decidir lo que es y lo que no es), no tenemos que preocuparnos mucho porque se desvanece ella misma en su falta de fundamento.

Hoy, sin embargo, la tecnología parece brindar nuevas posibilidades de éxito a la idea del *homo-mensura*. Pareciera que el hombre de nuestros días, armado con los poderes de la tecnología moderna bajo el brazo, anhela convertirse en la medida de todas las cosas, incluyendo las de su propio ser.

Parece un hecho que la tecnología es actualmente la medida de todas las cosas, de las que son sólo

cosas y de las que en su ser son más que eso. Pero este poder de uso y manejo del ente, especialmente del ente natural (el ser de la naturaleza es medible, cuantificable, y por eso permite que la tecnología pueda decidir su medida al gusto, que despliegue sobre ella verdaderos poderes de amo absoluto), parece que no puede ejercer su dominio en el ser de lo humano y lo divino, pues es muy inferior (quiera creerse o no) al poder ontológico de la palabra, prerrogativa exclusivamente humana de esa forma de razón que consiste *en dar razón de las cosas* (nota que a propósito la vuelve insobornable) y no sólo en calcular su funcionamiento. ¿Por qué, entonces, relacionamos a la tecnología con un cierto proceso de deshumanización del hombre, y por tanto, con la esencia del humanismo?

Por otro lado, ¿por qué causa cuando se construía un puente muy útil, cuando se abría noblemente el zurco de la tierra para crear un hogar para las semillas, cuando se calculaba la lejanía o cercanía de las estrellas verdaderamente maravillados, cuando se levantaba una imponente pirámide o una hermosa catedral medieval o la compleja estructura musical de una sinfonía nadie sentía en modo alguno algún peligro de deshumanización? La técnica, no hay duda, es una respuesta a la necesidad y algo más. Ese plus o algo más podría revelarnos el secreto de la tecnología, si nos permitiera ver, o sospechar siquiera, que ella funciona como una razón que en cuanto “razón de fuerza mayor”¹⁸, ya no tiene nada que ver con la razón que desde el nacimiento de la filosofía y la ciencia en Grecia sólo aspira a dar razón de las cosas. Sin embargo, no debemos perder de vista que la necesidad tiene la fuerza de lo necesario, del mismo modo que la libertad tiene el poder de la decisión. Que el hombre hace cosas con su ser y con las cosas. Por eso el ser humano es un ser que hace cosas, con las cosas y consigo mismo: he aquí el modo en que podría haberse hecho un nudo de esos que ya no pueden deshacerse entre humanismo y tecnología. 

¹⁷ Cfr. E. Nicol, “Vocación y libertad”, en *Ideas de vario linaje*, ed. cit.

¹⁸ Cfr. Nicol, *El porvenir de la filosofía*, ed. cit.